

Los samaritanos se han visto en gran conflicto, pues hace poco, según los mismos dicen, se extinguió entre ellos la raza sacerdotal descendiente de Aaron. La sola raza que subsiste aún, es la de Eleazar. La primera era la única que podía ofrecer sacrificios, en tanto que á la segunda no le compete sino el cuidado de las cosas pertenecientes al culto. Por mucho tiempo estuvieron los samaritanos sumidos en la mayor consternación, privados de ofrecer sacrificios á Jehová; pero últimamente han decidido los sabios de la Ley, que la raza de Eleazar puede ser también de sacrificadores á falta de la de Aaron. Es probable que si la descendencia de Eleazar llega á extinguirse, decidan los sabios que cualquier descendencia puede ser de sacrificadores, pues lo que importa para ellos es no quedar sin sacrificios.

M. Morvieu nos refirió que él había visto la celebración de la fiesta pascual de los samaritanos. Dijonos que cada año en el mes de Marzo, que es el *Nisan* ó *Abib* de la Escritura, suben los samaritanos á la cumbre del Garizim, y levantan allí sus tiendas en las cuales habitaban durante algunos días. Toman el día 10 de Marzo un cordero ó un cabrito de un año, macho y sin mancha, y lo guardan cuatro días. El 14, encontrándose toda la congregación sobre el Garizim, inmolan el cordero en la *segunda tarde*, esto es, al caer el sol, y en la misma noche, después de haberlo lavado, lo asan al fuego y se lo comen, acompañado con panes ázimos y yerbas amargas. Si después de haber comido la compañía hasta saciarse, sobra algo, es quemado al fuego, á fin de que nada quede para la mañana siguiente. El cordero pascual es comido con gran prisa y reverencia, y en tanto que dura el religioso banquete, los samaritanos tienen zapatos en los piés y báculos en las manos, en memoria de la Fase ó tránsito de los hebreos del Egipto á la Arabia. Después de esta ceremonia permanece el pueblo siete días más en la cima del monte, comiendo los ázimos, según la Antigua Ley. Durante este tiempo, cada padre de familia ejerce minuciosa vigilancia en su tienda y entre los suyos, registrando continuamente por todas partes, á fin de cerciorarse de

que no hay en su casa pan con levadura. El 21 de Marzo, al oscurecer, concluye la fiesta religiosa; los samaritanos recogen sus tiendas, y bajando el monte, vuelven á Siquem satisfechos y llenos de esperanza.

En el tiempo en que aconteció el gran cisma de Samaria, hicieron los samaritanos un templo á imitación del de Jerusalén, en la cumbre del Garizim, y esta es la razón por que aun ahora que las ruinas mismas de ese templo han perecido, la cumbre de ese monte sirve de teatro á la fiesta pascual.

Manasses, gran sacrificador del Templo de Jerusalén, casó con una extranjera, contraviniendo con esto á la Ley. Los judíos se indignaron, y le exigieron que abandonara á su mujer, si quería continuar ejerciendo su encargo. Manasses no quiso hacerlo, y fué á refugiarse cerca de su suegro Sanabalot, á quien dijo, que aunque amaba tiernameamente á su hija, no podía resolverse á dejar la sacrificatura, que era tenida por grande honor entre sus compatriotas. Sanabalot le rogó que no dejara á su hija, y le ofreció obtener permiso del rey Darío para edificar sobre el monte Garizim un templo igual al de Jerusalén, y para establecerlo á él gran sacrificador. Darío fué derrotado por Alejandro, y Sanabalot obtuvo del conquistador el permiso que deseaba.

El nuevo templo fué comenzado y concluido en menos de tres años. Algunos otros sacrificadores de Jerusalén y todos los judíos trasgresores de la Ley se retiraron á Samaria, y desde entonces, el cisma y la enemistad entre samaritanos y judíos quedaron cumplidos. Ciento cuarenta años A. J. C., el templo del Garizim fué dedicado á Júpiter Helénico, y doscientos años después de su construcción fué destruido por Juan Hircano.

En tiempo de Vespasiano, los samaritanos en número de once mil se retiraron al Garizim, é hicieron resistencia tenaz. Los romanos, sin embargo, tomaron su campamento y mataron á todos sin piedad.

El monte Garizim se levanta 2,650 piés sobre el nivel del Me-

diterráneo. Josué colocó en su cumbre á los descendientes de Simon, de Leví, de Judá, de Isacar, de José y de Benjamin, para pronunciar bendiciones sobre los observadores de la Ley. Y colocó en el monte Hebal á los descendientes de Ruben, de Gad, de Aser, de Zabulon, de Dan y de Neftalí, para proferir maldiciones sobre los trasgresores. Durante esta solemnidad, el Arca de la Alianza, colocada en el valle que separa los dos montes, estuvo rodeada de sacerdotes, levitas, jueces, oficiales y ancianos del pueblo.

Sobre este monte pronunció Jonatan su célebre discurso, con ocasion del establecimiento de su hermano Abimelec, como Juez de Israel, que era una injusticia cometida por el pueblo de Siquem. Este discurso es el apólogo mas antiguo de que se tenga noticia.—

Despues de haber andado durante tres cuartos de hora vagando por la ciudad, regresamos á la casa del misionero. Allí almorzamos en compañía de M. Morvieu. Concluido el almuerzo, M. Morvieu nos propuso fuéramos á visitar el *pozo de Jacob*, que está cerca de Siquem. Admitimos con gusto su proposicion. Hicimos ensillar nuestros caballos, y salimos de la ciudad el misionero, M. Delestre y yo, por la puerta misma por donde los dos últimos habíamos entrado. Galopamos hácia la extremidad sureste del valle que separa los dos montes, por la falda del Garizim. Veinte minutos despues llegamos á un pequeño campo rodeado por un muro derruido. Hicimos trepar á nuestros caballos sobre los escombros, y nos encontramos dentro del campo. Aquí están las ruinas de una iglesia, y sembrados por el suelo se miran restos de mármol, de columnas y cornisamentos. En la parte del templo correspondiente á la cripta, se mira un pozo casi cegado con tierra y piedras. Es el *pozo de Jacob (Bir-Yacub)* y asimismo el *de la Samaritana*.

Cerca de aquí, en este mismo campo, levantó sus tiendas Abraham, viniendo de Aran, con Sara su mujer y Lot su sobrino, y elevó un altar al Señor. Y el Señor se le apareció y prometióle dar esta tierra á su posteridad. Cuando Jacob volvió de la Mesopotamia, le-

vantó aquí tambien su campamento, y compró esta tierra por cien corderos á los hijos de Hemor, padre de Siquem.

Aquí vino José, enviado por Jacob, á buscar á sus hermanos. Como no los encontró, fué á buscarlos á Dotaim, y allí fué vendido por ellos á los mercaderes ismaelitas.

Jacob, antes de morir, dejó á José este campo por herencia. Los israelitas salidos de Egipto, trajeron el cuerpo de José y lo depositaron aquí, conforme á la voluntad manifestada por el patriarca á los hijos de Israel.

Este pozo, famoso ya por haber sido abierto por Jacob para proveer de abrevaderos á sus rebaños, es todavía mas célebre por haber pasado á sus bordes un coloquio entre Jesucristo y la Samaritana.

El Salvador no se desdeñó de hablar con una mujer de Samaria, y bebió del agua que ella habia sacado en su cántaro. El resultado de este coloquio fué la conversion de la Samaritana y su familia á la fé del Mesías. Esta escena, referida con sencillez por el Evangelio, forma un episodio poético y sublime en la historia de la Pasion.

Mi imaginacion me representó en aquel punto á Jesus sentado al borde del pozo, diciendo á la Samaritana que á la sazón sacaba el agua: «dame de beber.»

Nada mas pintoresco que este sitio, para servir de teatro á acontecimiento tan bello y de sentido tan alto. Por una parte está el Garizim y por otra el Hebal, que parecen levantar la frente para mirarse de hito en hito.

En medio de los dos montes se extiende un valle plantado de higueras y nopales. Al través de estos bosques de nopales é higueras, se deslizan las bulliciosas corrientes que brotan de fuente cercana. En el fondo, al occidente, levántanse sobre el verde ramaje de inúmeras arboledas, las murallas de piedra y las blancas cúpulas de la ciudad. A la derecha, y en el extremo oriental del valle, se alza una cadena de pequeñas lomas cubiertas de verdura y coronadas de pintorescos caseríos.

Los campos están sembrados, y brotan por entre las piedras las florecillas silvestres que tapizan el suelo de la Palestina. Sintiendo en mi corazón la hermosura de aquel paisaje, me parecía que los ecos de las montañas repetían aún las palabras solemnes de Jesús: «yo soy la fuente de agua viva, y aquel que beba de ella no padecerá sed jamás.»

Dejamos el pozo de la Samaritana, y nos dirigimos al monte Hebal. En pocos minutos atravesamos el valle, y llegamos á una aldea llamada *Rudjib*. Cerca de ella, á la derecha, hay una pequeña construcción blanqueada con cal y rodeada por un muro. Echamos pié á tierra. Dejamos nuestros caballos en manos de un árabe de la aldea, y penetramos en aquel pequeño monumento. El techo del aposento que formaba la entrada, se ha derrumbado hace poco, y el pavimento está cubierto de escombros. Pasamos con gran trabajo sobre los montones de piedra que obstruyen la entrada, y penetramos en un segundo recinto que carece de techo. En medio de él se levanta una tumba de grosera construcción, blanqueada también con cal. Es el sepulcro del patriarca José.

El patriarca José fué trasportado de Egipto por los israelitas, conforme á su última voluntad, y enterrado en este campo que Jacob le dejó por herencia. Sus hermanos, los otros hijos de Jacob, fueron también trasportados á la tierra prometida, y sepultados aquí mismo.

La tumba de este patriarca estuvo enteramente abandonada hasta el año de 1862, en que la reparó M. Roberts, actual cónsul británico en Damasco. Así lo dice una inscripción grabada sobre una placa de mármol, que se encuentra en un extremo del aposento sepulcral.

Los árabes respetan mucho esta tumba, y encienden sobre ella durante el día y durante la noche, lámparas de aceite que yo he visto arder. Cuando algún labrador quiere poner sus cosas en lugar seguro, las deposita cerca del sepulcro de José, y allí nadie las toca, porque este asilo es inviolable y sagrado para los mahometanos. Yo ví en aquel sitio multitud de útiles de labranza abandonados, sin que

nadie los vigilara, y guardados solamente por el respeto que infunde la tumba del patriarca.

Saliendo de aquí nos dirigimos de nuevo á Naplusa. La lluvia comenzó repentinamente y nos tomó á la improvisa, pues no habíamos traído nuestros capotes, confiando en el hermoso tiempo que hacía. Así es que nos caló el agua hasta los huesos.

A las cinco de la tarde llegaron á la casa del misionero dos damas de Nazaret, especie de Hermanas de la Caridad, y una jóven pretendiente de Hermana. A las seis comimos todos reunidos, y tuvimos un banquete, pues Fortunato había querido dejar contentos á nuestros convidados. Terminada la comida, subimos al salón á conversar un rato tomando el café y fumando. M. Morvieu se ha hecho por completo á las costumbres del país. Fuma el *narghilé* con extrema delicia, y no puede reemplazarlo con nada. Tan luego como empuñó el piton metálico de la pipa, abandonó sus babuchas de cuero, y cruzando las piernas sobre el diván, se recostó en los cojines. Las Hermanas de Nazaret, que eran francesas, rieron mucho y largamente á causa de esto, y se chancaron con el eclesiástico, que contestaba con suma gracia, sacando de su boca por momentos el piton de la pipa.

De las Hermanas de Nazaret, la una era una venerable anciana, que parecía modesta y reservada; la otra una mujer de cuarenta años, muy bachillera y parlanchina, que hablaba sobre cuanto hay en el mundo, usaba de palabras escogidas, y se escuchaba á sí misma con gran delicia. Habló sobre Francia, Prusia, Mr. Thiers, la Palestina, Jesucristo, y sobre mil cosas más, con la misma prosopopeya de quien da cátedra.

La jóven pretendiente de Hermana era árabe, un poco morena y de facciones bastante regulares. Hablaba el francés muy bien. M. Dellestre se constituyó desde luego su galán, y ella aceptaba con visible coquetería los obsequios del jóven francés.

La Hermana parlanchina se disgustó mucho al ver aquella escena amorosa, y mandó á la jóven que se recogiese, porque al día siguiente

te debería levantarse muy temprano, para emprender el camino de Nazaret. Retiróse la jóven, y los circunstantes estábamos bastante mustios á causa del enojo de la Hermana, cuando M. Morvieu movió una conversacion que animó el espíritu de todos.

—Hace catorce años, dijo, soy misionero en Siquem, y he observado atentamente las costumbres del país.

—Y ¿qué opina vd. de esta tierra en general? le pregunté.

—Opino que es por mil títulos maravillosa. La Palestina ha sido conquistada innumerables veces, y al revés de lo que pasa con las otras naciones, ha resistido á la influencia de todas las conquistas. Ni los asirios, ni los romanos, ni los Cruzados han podido dejar huella alguna de su dominacion, en las costumbres de este pueblo. La Palestina es la misma que era en tiempo de los patriarcas. Yo, que por razon de mi ministerio trato á esta gente muy de cerca, aseguro que los hábitos de ella no son distintos de lo que eran en esas épocas remotas. Hoy, como en tiempo de Jacob, la riqueza de la tierra consiste en rebaños, asnos y camellos. Hoy, como entonces, los personajes mas ilustres no se desdeñan de ser pastores, y del cuidado de las ovejas pasan frecuentemente á ser generales en la guerra ó gobernantes en la paz. Las rivalidades entre los pastores nacen muy fácilmente, á causa de los rebaños ó de los pozos donde los abrevan. En los lugares donde no hay agua, los propietarios de los rebaños hacen pozos enteramente iguales al que abrió Jacob cerca de aquí, cuando venia de la Mesopotamia. En fin, yo aseguro que el estudio de la Biblia en este país es mas provechoso que en ninguna otra parte del mundo, pues aquí es fácil entender, en vista de las costumbres del pueblo, multitud de lugares oscuros.

—Pero este es un país salvaje, dijo la Hermana bachillera, y es un martirio pasar la vida en él. Nada de caminos, nada de telégrafos, nada de sociedad. ¿Qué va vd. á hacer en una tierra por el estilo?

—Señora, contestó M. Morvieu, vd. tiene razon porque mira las

cosas superficialmente. En efecto, si aquí se buscan trenes directos, comunicaciones telegráficas, ó bailes y teatros, evidentemente es para morir de tristeza, pues no hay mas caminos que el rastro de los torrentes en las montañas, ni mas comunicacion que la que ofrece el lomo de un asno ó de un camello, ni mas sociedad que la que se tiene con gente en lo general ignorante y sin refinamientos de cortesía.

—Es lo que digo, exclamó la Hermana, triunfante, con el tono superficial y soberbio propio del carácter frances que parece pretender: *la France, la belle France, oh! le monde ne vaut pas la France, et la France est le monde!*

—Pero en cambio, señora, prosiguió el misionero, ¡cuántas materias de estudio se presentan aquí para el hombre pensador! Esta tierra, por la diversidad de aspectos que presenta en su suelo, es curiosa para el geólogo; por la diversidad de vegetaciones que aquí se producen, lo es para el botánico; por los recuerdos históricos que encierra, para el literato; por los hechos trascendentales que nacidos aquí han trasformado el mundo, para el filósofo; por los misterios de la religion que aquí se han cumplido, para el cristiano.

—Tiene vd. razon, prosiguió la Hermana; pero ya ese terreno está muy explotado, y es inútil dedicarse á explotarlo mas, despues de la última obra publicada por Monseñor Mislin.

—¿Usted lo cree así? preguntó el eclesiástico sonriendo;—pues yo no soy de esa opinion, y estoy convencido de que ni mil escritores mas son capaces de agotar la materia.

Cortóse un poco la Hermana con esta respuesta, é iba á seguir la discusion, cuando la anciana le hizo seña con los ojos de que callara.

M. Morvieu nos refirió en seguida algunas curiosidades del país, en materia de costumbres históricas, y me es muy sensible haber olvidado mucho de lo que nos dijo, pues era muy interesante, y en este lugar vendria como de molde. Recuerdo únicamente que el misionero habló mucho sobre la costumbre de las esposas de aguardar á sus esposos con lámparas encendidas en la primera noche de bodas. A

ella hace alusion la parábola de las vírgenes sabias y las necias. En Palestina se conserva este uso como en tiempo de Jesucristo. Las lámparas son mas bien sucios mecheros formados de hilacha, que arden con aceite ó manteca en una vasija de barro. Se les coloca en lo alto de una vara ó pértiga, y á la hora en que el esposo va á entrar en el aposento nupcial, toma la mujer la pértiga y se coloca á un lado de la puerta de entrada, con ella en la mano. Esta ceremonia tiene la significacion siguiente: «pase mi señor en el aposento de su sierva: el honor de esta es limpio é inmaculado, de manera de resistir el mas escrupuloso exámen á la luz del sol: la sierva es celosa de vuestra honra, os espera á toda hora y alumbra la entrada de su aposento delante de vos, en prueba de que estaba en vela aguardando vuestra llegada.»—

A las diez de la noche dimos por terminada la sesion y nos dirigimos á nuestros aposentos.

Febrero 24.

A la mañana siguiente nos levantamos á las seis para continuar la marcha á Tiberiades. Las Hermanas de Nazaret se habian puesto en camino desde las tres y media, y cabalgaban sobre los lomos de pacíficos asnos.

Nos desayunamos en compañía de M. Morvieu, quien mandó ensillar un caballo para acompañarnos buen trecho del camino. No quiso recibir nada de nuestro dragoman por el hospedaje concedido aquella noche. Este misionero es persona recomendable por mil títulos. Se ha resuelto á vivir olvidado del mundo por hacer bien y por extender la religion de Cristo como verdadero apóstol. Ha huido de las ciudades cristianas donde los sacerdotes abundan, porque tenia por ócio el trabajo de la confesion en dias determinados, el decir la misa una vez ú otra y el predicar de cuando en cuando por mera fórmula ó por lucir la grandeza de su elocuencia. Por esta razon ha venido á establecerse á un país infiel, se dedicó á aprender el idioma de los

naturales, y despues de aprendido, se ha mezclado con ellos en todas partes, predicándoles el Evangelio. Esto le acarreó persecuciones al principio, pero pasado algun tiempo, lo hizo respetable aun á los ojos de los mismos musulmanes.

En efecto, M. Morvieu es muy querido por todos los habitantes de Naplusa. Y es porque hace todo el bien que puede á la ciudad, socorre á los pobres, viste al desnudo, da de comer al hambriento, visita á los enfermos, y practica en fin todas aquellas virtudes que el cristianismo prescribe, y que hacen de él una religion de amor que une á la humanidad con dulces y estrechos vínculos.

§ IV

DJENIN.

Saliendo de Naplusa tomamos el rumbo sureste, y caminamos siguiendo lo largo del valle. Nada mas pintoresco ni imponente, que la posicion de Naplusa. El Hebal y el Garizim se levantan, aquel al norte y este al sur, y la ciudad situada en las faldas de los dos montes, parece como el nido de un insecto, formado en los pliegues de manto gigantesco. La cercanía de estas montañas y su altura, dan al paisaje severísimo aspecto; el horizonte está cerrado enteramente al norte y al sur, y la ciudad yace encajonada en aquella urna grandiosa.

Bello y sonriente es en verdad el valle en que Naplusa se asienta. Por todas partes hay vegetacion, árboles corpulentos y bosques tupidos de nopales. Hermosas fuentecillas corren frescas y cristalinas por entre la verdura, derramando á su paso el movimiento y la vida. La principal de estas fuentes nace al pié del Garizim, y es llamada la cabeza de la fuente (*Ras-el-Ain*). Es bastante caudalosa, y da mo-